

pasado siglo, á quienes la fuerza de la razón arrancó las siguientes confesiones: «La Confesión puede mirarse como el freno más poderoso de los crímenes secretos. Es excelente para empeñar á los corazones más ulcerados á perdonar, como también para obligar á los rateros á restituir sus hurtos.»<sup>1</sup> «¡Qué de restituciones, qué de reparaciones del honor no se deben á la Confesión entre los católicos!»<sup>2</sup> Finalmente, llega á asegurar otro de estos inconsecuentes enemigos de la Iglesia<sup>3</sup>, que «el mejor Gobierno sería una teocracia donde se estableciera el tribunal de la Confesión».

¿No bastará todo esto para persuadirnos la divinidad de esta bendita institución, y por, consiguiente, la necesidad apremiante, indeclinable de valernos de esta celestial medicina para asegurarnos la salvación eterna y la dicha temporal? Sí, cristianos: resolvámonos de una vez á ceder á los misericordiosos designios de nuestro amoroso Redentor; acudamos á esas sagradas fuentes de sus preciosas llagas, si de veras anhelamos hallar en la pureza de nuestras conciencias la tranquilidad y la paz del corazón junto con aquella gracia sobrenatural y divina que nos asegura el goce de la bienaventuranza, conquistada á poder de la sangre de Cristo nuestro bien. ¡Así sea!

<sup>1</sup> Voltaire, apud *D'Hauterive* X, 490.

<sup>2</sup> Rousseau, *ibid.*

<sup>3</sup> Raynal, *ibid.*

## SERMONES CUADRAGESIMALES.

### Segunda Serie.

#### LA TRANSFIGURACIÓN DEL HOMBRE EN CRISTO.

(Predicados en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1896.)

#### PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

#### Necesidad de la mortificación de la carne.

Mortificate membra vestra quæ sunt super terram. Col. 3, 5.

I. Introducidos ya por la Iglesia nuestra Madre en el santo tiempo de Cuaresma con la imponente y conmovedora ceremonia de la imposición sobre nuestras cabezas, de esa ceniza que nos pone á la vista el triste pero infalible paradero de nuestra carrera mortal, nos congregamos hoy en el sagrado recinto de los templos, alrededor de la cátedra de la verdad, para alimentarnos con el pan del espíritu, con la palabra santa, medio ordenado por Dios mismo para la santificación de las almas, y que, puesto en juego en esta época del año, ha dado tantos y tan opimos frutos de santificación en todos los siglos pasados, según atestiguan la tradición y la historia. ¡Pluguiera á Dios, hermanos muy amados, que ni se debilitara en nuestros toscos labios esa palabra divina, ni se amenguara en vuestras almas el deseo vehemente de escucharla! ¡Entonces pudiéramos esperar para la infausta época presente, tan estéril para la virtud como fecunda en invenciones humanas, los mismos bienes espirituales que produjo aquí mismo la palabra de Dios en épocas más afortunadas para la sociedad!

¡Ojalá que á la generosidad y largueza con que se dispensa la doctrina evangélica en los púlpitos, correspondiera la abundancia de los frutos de penitencia y santificación!

2. Entremos desde luego, amados fieles, en el espíritu y en las miras elevadas de la Iglesia católica al disponer esta larga y solemne preparación de cuarenta días para la fiesta cristiana por excelencia, la Pascua del Señor, que es nuestra pascua. ¿Qué otra cosa pretende esta Madre de los fieles, solícita siempre de la salvación eterna de sus hijos, á pesar de las persecuciones de que es gratuito objeto, aun por parte de hijos desnaturalizados: qué puede pretender sino que se opere la transformación moral del hombre por el modelo de Jesucristo paciente, muerto y resucitado á vida imperecedera? ¿No es ésta la hermosa perspectiva cuadregesimal, tras las sombras sanguinosas del Calvario: la fúlgida aurora de la resurrección? Como Jesucristo, en el día de su triunfo, hemos de resucitar á vida mejor cuantos hayamos sabido aprovecharnos de los méritos de su pasión y muerte. Debemos, pues, transformarnos en Él por la acción de su gracia; y esta transformación espiritual es la que debe ir efectuándose durante el tiempo de la santa Cuaresma, según los planes saludables de la Esposa de Cristo.

3. Ahora bien, entre los medios de espiritual transformación figura en primera línea la práctica de la austeridad, la ley de la mortificación de la carne; porque tal es el significado de ese precepto eclesiástico del ayuno y la abstinencia, que, si por justos motivos de carácter pasajero, puede dispensar la misma Iglesia en determinados casos, ella misma no puede derogarlo en cuanto al fondo y la substancia, siendo ley establecida por Jesucristo y promulgada por el Apóstol de las Naciones: *Mortificate membra vestra*. De esta ley gravísima vengo, pues, á hablaros en esta primera Feria, deseando haceros comprender á fondo la necesidad de

la mortificación, así por razones intrínsecas, apoyadas en el ejemplo del mismo Salvador, como por razón de las tentaciones que, á imitación de Jesucristo, tentado en el desierto, debemos combatir y vencer, si es que aspiramos de veras á resucitar con Él. Ahí tenéis diseñado todo el asunto de vuestra atención.

## I.

4. Empecemos por refutar de un modo breve, pero contundente, las principales objeciones con que suele combatirse la ley de la mortificación. En vez de atormentarse neciamente, dice el mundo, el hombre debe procurarse todas las comodidades posibles; debe conceder á su pobre cuerpo todos aquellos placeres que no estén en pugna con la ley moral. ¡Ah, cristianos! ¡cómo se desconoce ya la verdadera condición en que se encuentra nuestra naturaleza, la condición de trastorno y desorden causado por el pecado original en que todos nacemos! Si entre el cuerpo y el espíritu no hubiese, como la hay y todos la experimentamos, una lucha encarnizada de todos los momentos, deseando la carne lo que repugna al espíritu, y viceversa, como atestigua el Apóstol San Pablo<sup>1</sup>; entonces podría concederse al hombre la libertad de procurarse todos los goces materiales no prohibidos por la ley divina. Pero no estamos en esa venturosa condición; y prueba de ello, las tentaciones de todo género que á cada hora nos combaten. El mundo, al rechazar el yugo de la austeridad, no se da cuenta de esta guerra interior del hombre, seguramente porque no la sienten aquellos que reposan en una falsa paz, en la paz ignominiosa del esclavo del

<sup>1</sup> Gal. 5, 17.

pecado. Prosigamos. Los progresos del siglo, se dice, no se avienen con esas ideas anticuadas de mortificación y penitencia, efecto de las preocupaciones de otras épocas, de los frívolos temores de penas eternas, etc. Ahí tenéis, hermanos míos, desenmascarada la verdadera causa de la oposición á la ley de la mortificación de la carne, la incredulidad ó, por lo menos, la debilidad en la fe. Pero ¿qué debe juzgar de semejante modo de pensar un fiel cristiano que sabe que las verdades de la religión son invariables; que Cristo es hoy el mismo que era ayer y el que será eternamente<sup>1</sup>; que el espíritu cristiano no está sujeto á influencias caprichosas de tal ó cual siglo, de tal ó cual opinión, porque él se inspira solamente en el evangelio, que no puede anticuarse jamás ni pasar á ser letra muerta, y el evangelio predica en cada una de sus páginas la mortificación de la carne y del espíritu? Para un verdadero cristiano tales dictámenes del mundo no merecen ninguna consideración. Alégase finalmente contra las austeridades, la debilidad de las complexiones, la imposibilidad de soportarlas á que el hombre se ve reducido el día de hoy. ¿Qué responder á semejante objeción sino que, con ser cierto su fundamento, no es legítima la conclusión general? En efecto, la natural complexión de la raza se ha debilitado, no hay duda, y, entre otras causas, por exceso de goces, por el mismo horror que se profesa á la mortificación de la carne; pero de ahí no debe inferirse el derecho de rechazar en absoluto la ley impuesta por Jesucristo y promulgada por la Iglesia. Hay aquí lo que se llama un *círculo vicioso*, según discurre un célebre orador<sup>2</sup>. «No se hace penitencia porque la complexión

<sup>1</sup> Hebr. 13, 8.<sup>2</sup> P. Félix S. J., Confer. de N. S. de París.

de nuestra raza se ha enervado; y háse enervado precisamente por odio á la mortificación.» Pero dado caso, hermanos míos, que fuera moralmente imposible la práctica de cierto género de mortificaciones, el ayuno, v. gr., como sucede á muchísimas personas débiles ó enfermas, y la Iglesia lo comprende perfectamente, como benigna madre; no por eso debe desconocerse en ninguna circunstancia, ni para ninguna clase de personas, la necesidad de la mortificación corporal.

5. En efecto, ¿quién no ve desde luego la obligación que nos impone el ejemplo de nuestro divino Salvador, cuyas obras, dice San Gregorio Magno, tienen para nosotros fuerza de preceptos, porque, al practicarlas, no se ha propuesto otro objeto que darnos á entender lo que nosotros debemos practicar? Esto digo, haciendo caso omiso del precepto de la mortificación terminantemente formulada por el divino Maestro en cien pasajes del Evangelio, como quiera que su ley es toda de abnegación y de cruz<sup>1</sup>. Excuso alegar todas esas divinas sentencias en que impone Cristo Señor nuestro el yugo de la mortificación, necesario para la salud del alma, aunque duro y penoso para los sentidos; porque nada más conocido del pueblo cristiano que esas máximas severas á cada paso repetidas: «El que quiere venir en pos de mí niéguese á sí mismo, levante su cruz y sígame.»<sup>2</sup> Pero no dejaré de haceros observar cómo entendió el Apóstol de las Gentes, ese gran vocero de la doctrina de Jesucristo, la enseñanza del Maestro, para que nadie crea que la Iglesia ha torcido su natural y legítima significación: *Rodeamos siempre nuestro cuerpo con la mortificación impuesta por Jesús*<sup>3</sup>. — *Por ti somos*

<sup>1</sup> Luc. 14, 27.<sup>2</sup> Matth. 16, 24.<sup>3</sup> 2 Cor. 4, 10.

maltratados diariamente, reputándonos como ovejas destinadas al matadero<sup>1</sup>. — Si con la fuerza del espíritu reprimís y dais muerte á los hechos de la carne, viviréis<sup>2</sup>. — Mortificad, pues, vuestros miembros terrenos, esto es, los apetitos que os inclinan á la tierra<sup>3</sup>. He aquí, cristianos oyentes, la interpretación auténtica y clarísima de la doctrina de Jesucristo acerca de la mortificación de la carne hecha por el Apóstol, practicada por él mismo y enseñada como necesaria á los fieles de Corinto, de Roma, de Colosos, de la Iglesia entera: mortificación exterior y real, cuyo modelo no es otro que el mismo Cristo Jesús *mortificado en su carne*, como escribe el Príncipe de los Apóstoles en su primera epístola<sup>4</sup>.

Y ¿qué duda puede haber de que así entendía el Apóstol la ley de la mortificación, cuando él mismo nos habla de *castigación de su cuerpo*<sup>5</sup>, de ayunos, y muy prolongados por cierto<sup>6</sup>, de *frío y desnudez*, viglias y todo linaje de penalidades<sup>7</sup>? Diga, pues, lo que quiera el mundo, pésele á la sensualidad y á la mollicie, horrorícese en buenhora la carne siempre sedienta de regalos y placeres, es un hecho incontrovertible que Jesucristo nos ha impuesto, no menos con su ejemplo que con palabra, el duro pero saludable deber de mortificar y domar nuestra carne rebelde, á fuerza de austeridades exteriores. No basta por lo tanto, reconocer y proclamar en alta voz la necesidad de la mortificación interior, de la abnegación del espíritu, si no se reconoce

<sup>1</sup> Rom. 8, 36.

<sup>2</sup> Ibid. vers. 13.

<sup>3</sup> Col. 3, 5.

<sup>4</sup> 1 Petr. 3, 18.

<sup>5</sup> Castigo corpus meum (1 Cor. 9, 27).

<sup>6</sup> In ieiuniis multis (2 Cor. 11, 27).

<sup>7</sup> In laboribus, etc. (ibid. 6, 5).

al propio tiempo y como efecto de la primera, la necesidad no menos grave de la corporal mortificación.

6. Porque, como el mismo Doctor de las Naciones lo enseña claramente, este género de mortificación es necesario para que se efectúe en nosotros la transformación en Cristo que dejamos insinuada, ó, lo que es igual, para que Cristo viva en nosotros por su espíritu, y hasta se manifieste en nuestra carne santificada<sup>1</sup>. *Si estamos muertos con Cristo, viviremos*, escribe á los romanos<sup>2</sup>. Desengañémonos, carísimos hermanos: en vano trataremos de sujetar nuestras indómitas pasiones, si no nos aplicamos á reprimir nuestros sentidos, en los cuales aquéllas tienen sus raíces, y de cuyos objetos se apacientan. Sustraed á vuestras pasiones el pábulo, cerrando la puerta de los sentidos por donde penetran hasta el corazón los objetos que malamente lo halagan y seducen, y entonces podréis enfrenar esas mismas pasiones sensuales cuya represión no negáis ser de todo punto necesaria para reproducir en vosotros la santa imagen del Crucificado. Por lo demás, querer reprimir las inclinaciones desarregladas del corazón y dar rienda suelta á los sentidos, pretender vencerse á sí mismo en la parte más alta y difícil cual es la voluntad, y no tener valor para mortificar la carne, es querer cosas imposibles, es alucinarse miserablemente. ¿Cómo me persuadiré de que son sinceros partidarios de la mortificación cristiana los que, lejos de practicar ninguna obra que cueste algún pequeño sacrificio, lejos de imponerse alguna privación ó padecimiento voluntario, no buscan día y noche sino el placer, el ocio, la comodidades, la satisfacción de todos

<sup>1</sup> 2 Cor. 4, 11.

<sup>2</sup> Rom. 6, 8.

los apetitos? ¿los que andan embebecidos contemplando imágenes que fascinan sus ojos, oyendo melodías sentimentales y muelles, atizadoras de la fantasía, gustando solamente de alegres y pecaminosas conversaciones, regalando el paladar y el olfato con delicados perfumes y manjares exquisitos, como si la vida temporal no tuviese otro objeto que apacentar con deleites la carne? ¿aquéllos, finalmente, que se declaran partidarios de la vida blanda, sensual y regalada? ¿No son éstos precisamente los que llama con lágrimas el Apóstol *enemigos de la Cruz de Cristo*<sup>1</sup>? Y ¿no se cuentan desgraciadamente por millares los hombres de ese tipo genuinamente mundano, tipo del fin del siglo XIX? Y una vez más os pregunto: ¿En qué se parece el hombre de este siglo al Cristo de todos los siglos, al Redentor del mundo expirante en una cruz, llagado y ensangrentado de pies á cabeza? ¡Ay! qué contraste tan horrible! El hombre de dolores, ése es Cristo; el hombre del placer, ése es el mundano, en este siglo acaso más que en todos los pasados. Reconozcamos, pues, para ser lógicos, la necesidad de la mortificación de la carne en la vida cristiana. No merece apellidarse discípulo de Cristo quien no practica la mortificación. . . .

7. Aparte de las razones expuestas, otras hay bien poderosas que la exigen de nosotros, en concepto de pecadores. ¡Ah! lo somos tal vez todavía; y ¡rehusamos la ley santa de la mortificación! Lo hemos sido en algún tiempo de la vida, aunque hiciese ya largos años que dejamos la senda tortuosa del desorden, acaso del escándalo; y esta sola circunstancia bastaría para inducirnos á cargar sobre nuestros hombros el peso de la

<sup>1</sup> Phil. 3, 18.

maceración corporal. Porque ésta, ¿qué otra cosa es ó debe ser para nosotros sino la expiación necesaria, aunque de todo punto insuficiente, de los desórdenes cometidos? Reflexionad seriamente, cristianos, en la necesidad esencial y absoluta de expiar el pecado para impetrar el perdón y la misericordia. ¿Creéis que nada debe á la divina Justicia el pecador? ¿Os parece que le bastará con el arrepentimiento y la enmienda, sin añadir lo que llama la Escritura *frutos dignos de penitencia*<sup>1</sup>, esto es, obras satisfactorias, principalmente de mortificación? Os engañáis si tal pensáis. Porque es doctrina apoyada en la razón y la fe, que Dios, aun otorgando la remisión de la culpa, exige del pecador alguna pena voluntaria, ó se la impone terrible si él rehusa tomarla por su mano. Ni bastan, aunque de valor infinito en sí mismas, las satisfacciones de Jesucristo, pues Él ha querido que añadamos algo de parte nuestra á los méritos de su Pasión para ver de aprovecharnos de ella. *Completo en mi carne lo que falta á los padecimientos de Cristo*, afirmaba el Apóstol San Pablo<sup>2</sup>; y lo mismo debe decir todo penitente verdadero. Consultad á la historia, y veréis cómo todos los pueblos en su natural criterio han visto en la maceración voluntaria de la carne el medio más seguro y eficaz de aplacar la ira del cielo, desarmando el brazo de la divina Justicia. Así lo practicó mil veces el pueblo de Dios, advertido por la vibrante voz de los Profetas; así lo ejecutaron los mismos idólatras Ninivitas, á la voz de Jonás<sup>3</sup>; y así solamente consiguieron evadirse de la ruina que iba ya á desplomarse sobre sus cabezas. Y ¿pretendemos nosotros sustraernos á los rigores

<sup>1</sup> Matth. 3, 8.

<sup>2</sup> Col. 1, 24.

<sup>3</sup> Ion. 3, 5.

de una penitencia hoy como siempre reclamada por el exceso del desorden? ¡Ay! ¡que no nos alcance el terrible anatema fulminado por el Salvador contra el pueblo judío, incrédulo é impenitente: «Los habitantes de Nínive se levantarán el día del juicio contra esta generación, y la condenarán como peor que ellos»<sup>1</sup>!

8. Á tal punto ha llegado el espíritu de irreligión en nuestros días, que apenas hay almas en quienes produzca saludable impresión el azote de las calamidades públicas y privadas con que ciertamente nos aflige la divina Justicia para despertarnos á penitencia. El hombre que en las adversidades de la vida no acierta á ver más que los efectos de las causas naturales, no abrirá jamás los ojos de la razón para reconocer la mano invisible y justiciera que le hiere. Pero ¿qué hombre de fe puede vivir en tan estúpida indolencia? Como en otro tiempo decía con voz de trueno Massillón á la corte estragada de un rey de Francia, podemos decir el día de hoy: «La cólera de Dios resplandece sobre nuestros crímenes: Él ha mirado desde lo alto de su santuario<sup>2</sup>, y ha visto toda clase de abominaciones en medio de nosotros, y entonces ha derramado sobre nosotros la copa de su furor y de su cólera<sup>3</sup>. ¿Qué debemos hacer en tales circunstancias? ¿Cómo desarmar el brazo de un Dios indignado sino con las lágrimas de la penitencia? Pongamos término, concluía el célebre orador, á nuestros desórdenes, y acabarán bien pronto nuestras desventuras.» De otra suerte, ¿no debemos temer que la penitencia que rehusamos practicar voluntariamente para renovarnos en Cristo, tengamos que hacerla sin mérito y sin fruto, forzados por la dura ley de la necesidad?

<sup>1</sup> Matth. 12, 41.

<sup>2</sup> Deut. 22, 15.

<sup>3</sup> Ier. 25, 15.

## II.

9. Dejadas ya las razones intrínsecas que nos persuaden la necesidad de la mortificación de los sentidos para llegar á la feliz transformación á que aspiramos en este santo tiempo, vengamos á considerar la misma ley en relación al estado en que nos encontramos sobre la tierra, estado de tentación y de lucha, no sólo con enemigos exteriores, sino, lo que es más terrible, con nosotros mismos. *Los enemigos del hombre están dentro de la propia casa*<sup>1</sup>. ¿Cuáles son los principales obstáculos que opone nuestra degradada naturaleza (que la Escritura llama *el hombre viejo*<sup>2</sup>, de que tenemos que despojarnos) á nuestra transformación espiritual, sino las tentaciones? Luego es preciso á todo trance triunfar de ellas, si queremos revestirnos del *hombre nuevo*, «que ha sido criado según la voluntad de Dios en justicia y santidad verdadera»<sup>3</sup>. El mismo divino Salvador nos ha dado el ejemplo de este triunfo, y la Iglesia nos pone delante en esta primera dominica de Cuaresma el cuadro de Jesús tentado en el desierto, como para amonestarnos de la necesidad de ceñirnos las armas para la gran lucha que hemos de trabar con el tentador. ¿Cuál es la primera de esas armas, cristianos oyentes, sino la mortificación de la carne? En efecto, San Pablo escribiendo á los efesios que se revistan de la armadura completa de un soldado de Cristo, les advierte en primer lugar que deben ceñir su cuerpo con la verdad<sup>4</sup>, para abrazar luego el escudo de la fe y vestirse la loriga de la justicia y la espada del espíritu, como para darles á entender que sin mortificación de la carne,

<sup>1</sup> Matth. 10, 36.

<sup>2</sup> Col. 3, 9.

<sup>3</sup> Eph. 4, 24.

<sup>4</sup> Eph. 6, 14.

no hay verdadera fe ni valor para combatir á nuestros espirituales enemigos.

10. Y en efecto, hermanos míos, la anterior afirmación se desprende así de la naturaleza de nuestras tentaciones, como de la eficacia de la mortificación para vencerlos. Por lo que hace á lo primero, bien podemos asegurar que la más peligrosa de las tentaciones á que está sujeto el hombre, y á la que todas vienen á parar, es la oprobiosa sensualidad, siendo el mayor enemigo que tenemos nuestra propia carne, esta *carne de pecado*<sup>1</sup> que no alimenta sino deseos criminales, esta carne esclava de la concupiscencia, esta miserable carne siempre pronta á rebelarse contra la santa ley de Dios<sup>2</sup>. Verdad es que son muchas y muy variadas las maneras con que somos combatidos por el tentador, que ora se vale de nuestro orgullo, ora de nuestra ambición, ora de nuestra cobardía para inducirnos al pecado, como tuvo la osadía de intentarlo con el mismo Hijo de Dios valiéndose, no ya de inclinaciones desordenadas, de que carecía totalmente el Salvador, sino de las inclinaciones precisamente naturales de que estaba, como verdadero hombre, revestido. Pero hay, dice el Padre San Gregorio, una diferencia enorme entre las tentaciones que Cristo padeció voluntariamente, y las que nosotros muy á pesar nuestro padecemos. Porque, siendo tres los grados de la tentación, á saber, sugestión exterior, delectación interna y consentimiento de la voluntad, Cristo nuestro Señor, incapaz del desorden más leve, pudo ser tentado solamente por la sugestión, pero la delectación pecaminosa no alcanzó á contaminar su alma santísima, ni á mancillar aquella carne virginal formada en el seno de una madre

<sup>1</sup> Rom. 6, 6.

<sup>2</sup> Bourdaloue, Sermon de las Tentaciones.

virgen<sup>1</sup>. ¡Cuán diferentes son nuestras tentaciones! Concebidos en pecado, reflexiona el mismo santo Doctor, llevamos dentro de nosotros mismos el germen y materia de que somos tentados; y así sucede que la sugestión diabólica halla fácil cabida en nosotros arrastrándonos de ordinario hasta la delectación, y muchas veces hasta el consentimiento, dejándonos muertos en el campo de batalla. Es lo propio que afirma el Apóstol Santiago: *¿De dónde nacen las lides y guerras que experimentáis en vosotros mismos? ¿No es por ventura de vuestras concupiscencias, de esos instintos animales que pugnan en vuestra carne?*<sup>2</sup> Y antes había dicho: *Cada cual es tentado por su concupiscencia, arrastrado y seducido por ella, la cual engendra el pecado*<sup>3</sup>. No cabe duda, hermanos míos, sobre cuál sea la mayor y más peligrosa de nuestras tentaciones, aparte del testimonio íntimo que de esto nos da nuestra propia conciencia. Por consiguiente, ¿cómo dudar de que el arma principal que necesitamos poner en juego en este combate, es la mortificación de la carne?

11. Y ésta es la única arma que posee verdadera eficacia. Sin ella de nada podrán servirnos las demás, y ni siquiera nos aprovecharían las gracias que Dios nos da siempre para vencer las tentaciones. Porque, como agudamente discurre el gran Bourdaloue, siguiendo á San Bernardo, el primer efecto de la gracia en nosotros es combatir la concupiscencia por medio de la mortificación de la carne.

De manera que el cristiano delicado y sensual, que, lejos de querer mortificarla, se empeña en regalarla, en

<sup>1</sup> S. Gregor., Hom. 16 in Evang.

<sup>2</sup> Iac. 4, 1.

<sup>3</sup> Ibid. 1, 4.

vez de secundar la acción de la gracia contra la tentación, ayuda la tentación contra la gracia, destruyendo así su efecto.

Inútil es, pues, que Dios le conceda un auxilio que el pecador desvirtúa con su conducta, á menos que no pretenda la conciliación imposible de la gracia y la concupiscencia, ó el prodigio inaudito de una gracia de tal género que sin sujetar la carne haga triunfar el espíritu. Pero la gracia del Espíritu Santo, dice el gran Padre San Cipriano, no se nos dispensa á nuestro albedrío, ni mucho menos según el capricho de nuestras inclinaciones viciosas, sino conforme al orden establecido por Dios, según el cual debemos cooperar con ella, porque fuera de ese orden queda inutilizada y sin efecto. La gracia que Dios . . . liberalmente nos da para vencer las tentaciones, es una gracia de combate contra nosotros mismos. Si, pues, esquivamos combatir; si, lejos de trabar batalla, entramos en pactos vergonzosos con nuestro mayor enemigo, la carne, ¿no es una locura pretender la victoria? La gracia es la única que puede obtenerla, verdad es; pero también es cierto que no la obtendrá jamás si no nos empeñamos en domar nuestra carne, origen y fuente, según hemos visto, de todas nuestras tentaciones.

12. Concluyamos, pues, hermanos míos, proclamando desde lo alto de esta cátedra,alzada para combatir las humanas pasiones, no para adularlas, la gran ley de la mortificación promulgada por el oráculo del Apóstol, en los siguientes términos: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis*<sup>1</sup>: Los que de veras pertenecen á Cristo y le guardan fidelidad invio-

<sup>1</sup> Gal. 5, 24.

lable, crucificaron su carne hasta morir á sus pasiones y desarreglados deseos. Piense de la austeridad lo que quiera el mundo ciego, horrorícese el expirante siglo de sólo oír el nombre de penitencia y mortificación, destiérrela de la vida ordinaria, como práctica bárbara ajena de la cultura de nuestra época, el oráculo divino no dejará nunca de subsistir. El precepto es terminante, y una de dos: ó renunciar á la doctrina explícita del Salvador y condenarla como falsa, apostatando de su escuela y de la comunión cristiana, ó aceptar la ley del evangelio y tratar de reducirla á la práctica. Ciertos podemos estar de que sin mortificación de los sentidos no hay represión de las pasiones, y sin ésta no hay virtud verdadera; la tentación nos hallará desarmados, el vicio nos esclavizará con sus pesados y ominosos grillos, la salvación será imposible. . . El mismo Jesucristo hubo de conquistar la gloria que le pertenecía, á fuerza de cruelísimos padecimientos; no hay, pues, otra vía fuera de aquélla, para llegar á la eterna bienaventuranza que á todos os deseo en el nombre del Padre etc.

## SECUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

### Transfiguración del hombre por la santidad cristiana.

Et transfiguratus est ante eos.

Se transfiguró en su presencia.

Matth. 17, 2.

1. Nunca se ha puesto la incredulidad más en ridículo, ni ha exhibido la vana ciencia mayor imbecilidad, que cuando, para desvirtuar la sobrenatural grandeza de la transfiguración de nuestro Señor Jesucristo en el Tabor, ha osado aventurar fútiles explicaciones del por-